

Luis H. G.

A LA MUSICA

I Sed
II Unión
III Recuerdo

→ dolor

TE espero a tí, mujer, en este parque,
en esta habitación o bajo el cielo
o en esta Catedral, para sentirte
bajo mi corazón, pura y violenta.
Música, mujer que espero como un sueño
potentísimo, audaz, pero que lleva
en el pecho una flor de almendro o leve
delicadeza para el cuerpo y alma.
¡Música, ven a mí; traspasa todo
-cuatro días, el ruido, un imposible-,
todo lo que separa todavía
mis oídos y el alma, de tus ojos;
¡Música rota porque te entregaste
contra mi corazón, como una ola
o un llanto de mujer; música: golpe
de Dios, delicadeza de los ángeles;
Ahora estoy junto a tí; más, estoy dentro
y aún soy tú misma, en este instante
de horas, en que siento cómo vives,
cómo mueres en mí y otra vez vives.
Borracho de la música, ¿en qué puente
de qué piano o violín, sobre tu mar,
oh música, me meces, me atolondras
de estrellas que dan vueltas, de paisajes?
Ahora navego lentamente: nube.
Ahora eres viento, el fuerte viento
y total y dulcísimo del ansia
de la posesión: viento y los árboles
que se inclinan; las aves que se mudan
de lugar en el alma, rapidísimas,
viento manso por fin, nuevo planeta,
amor, amor, el viento que nos hunde.
Y después, el recuerdo doloroso
-como una mujer que conseguimos-
cuando en la vida -tú lejana ya-
sólo persistes en el corazón.
Y, así, cuando el trabajo; cuando hablamos
forzosamente, tristes; cuando el mundo
nos quiere retener, te recordamos
en la mitad de una conversación.
Y quedamos abstraídos, fervorosos
-oh, cómo estás de nuevo en nuestros ojos-
pensando en tí, mujer, música hermosa,
alma de Dios, tortura de los hombres.

de T. H. G.
a Palma
16-V-58
Catedral
Barahona 11-XII-58

A LA MUSICA

I Sed

II Posesión

III Adolecer

TE ESPERO a ti, mujer, en este parque,
en esta habitación o bajo el cielo
o en esta Catedral, para sentirte
contra mi corazón, pura y violenta.
Música, mujer que espero como un sueño
potentísimo, audaz, pero que lleva
en el pecho una flor de almendro o leve
delicadeza para el cuerpo y alma.
!Música, ven; traspasa todo
-cuatro días, el ruido, un imposible-,
todo lo que separa todavía
mi sed de tu encendido manantial.
Música rota porque te entregaste
contra mi soledad, como una ola
o un llanto de mujer; música: golpe
de Dios, fronda sonando entre las sombras!
Ahora estoy junto a ti; más, estoy dentro
y aun soy tú misma, en este instante
eterno, entimismadamente hundido,
sumido en tu silencio sin orillas.
Oh llama de amor viva,
¿en qué puente
de qué nave o violín, sobre tu mar

abierto, me meces, me atolondras
de estrellas que dan vueltas y de estrellas.
Ahora navego lentamente: nube.
Ahora eres viento, el fuerte viento
del ansia
o de la posesión: viento y los árboles
que se inclinan, las aves que se mudan
de lugar en el alma, rapidísimas,
viento manso por fin, nuevo planeta,
amor, amor, el viento que nos hunde.
...Y después, el recuerdo doloroso
-como una mujer que conseguimos-
cuando en la vida -tú lejana ya-
sólo persistes en el corazón.
Y, así, cuando el trabajo; cuando hablamos
forzadamente, tristes; cuando el mundo
nos quiere retener, te recordamos
en la mitad de una conversación.
Y quedamos absortos, fervorosos
-oh cómo estás de nuevo en nuestro pecho-,
pensando en ti, mujer, música hermosa,
~~alma~~^{sombra} de Dios, tortura de los hombres.

Noviembre, 1942

